

## AGENDA CIUDADANA

### LOS MEXICANOS: ¿UN “EXTRAÑO ENEMIGO” DE ESTADOS UNIDOS?

Lorenzo Meyer

La Tesis- “En esta nueva era, el desafío más serio e inmediato a la identidad norteamericana proviene de la inmensa y sostenida inmigración de América Latina, especialmente de México, y de la tasa de fertilidad de estos inmigrantes, comparada con la de los negros y blancos norteamericanos”. Esta contundente afirmación es la esencia de un diagnóstico y de una propuesta de política que acaba de hacer el politólogo más importante de Estados Unidos: el profesor de Harvard, Samuel P. Huntington, en “*The Hispanic Challenge*” aparecido en *Foreign Policy*, (marzo-abril, 2004).

No deja de ser sorprendente y un tanto alarmante, que en unos Estados Unidos transformado en la mayor y única potencia mundial, dedicada en cuerpo y alma a librar contra el terrorismo islámico lo que es ya su cuarta guerra mundial (las anteriores fueron las de 1914-1918, 1939-1945 y la Guerra Fría), uno de sus más distinguidos teóricos políticos coloque a nuestro país como una especie de Al Qaeda cultural. En efecto, en el artículo de Huntington, México aparece como el origen de un fenómeno que por medios no convencionales --la migración masiva--, amenaza la parte medular de la base de la identidad cultural norteamericana, un delicado producto de los esfuerzos de los fundadores anglo-protestantes en los siglos 16 y 17, y que desde entonces ha madurado hasta convertirse en “el credo norteamericano”, razón de ser de su fuerza como gran potencia. Si los mexicanos logran seguir adelante en su “invasión silenciosa”, dice el profesor ;terminaran por afectar muy negativamente el interés de Estados Unidos!

En algún momento del siglo 20 en México --como en muchas otras naciones de los cinco continentes--, la discusión cultural se centró en la “amenaza” que representan las

formas de vida norteamericanas para los valores centrales del país. No hace mucho, alguien sugirió que las actuales son ya las primeras generaciones de norteamericanos nacidos en México. Los canadienses, por su parte, pelearon a brazo partido en la negociación de la parte cultural del Tratado de Libre Comercio de la América del Norte (TLCAN) para protegerse de la influencia cultural de los medios de masivos de difusión norteamericanos. En los 1960, en Francia, se discutió mucho “El desafío americano” de Jean-Jacques Servan-Schriber. El fundamentalismo islámico ve hoy la difusión de los valores norteamericanos en los países islámicos como algo satánico. En fin, que la “americanización” del mundo se ha discutido *ad nauseam*, pero no lo contrario.

¿Por qué hacer sonar hoy la alarma en Estados Unidos ante un supuesto “ataque” silencioso de un país y una región débiles --México y algunos otros países de América Latina--, a lo que se supone son los valores nacionales más fuertes del mundo? ¿A qué viene la histeria por la posible pérdida de identidad si en 1992, tras la desaparición de la URSS y su imperio, otro politólogo norteamericano, Francis Fukuyama, en El fin de la historia, proclamó eufórico el triunfo absoluto e indiscutible a nivel mundial del credo político norteamericano?

Lo que se Dice que está Amenazado.- Huntington identifica a los siguientes elementos como componentes indispensables de lo que ha hecho a Estados Unidos la nación más exitosa desde fines del siglo XIX: el idioma inglés, el cristianismo y la religiosidad, los conceptos ingleses de supremacía de la ley, incluyendo la responsabilidad de los gobernantes y los derechos de los individuos, los valores protestantes en torno al individualismo, la ética del trabajo y la creencia de que el ser humano tiene la obligación y la posibilidad de crear un paraíso en la tierra (la famosa “ciudad en la colina”). Según el académico, sin obedecer a un plan pero de manera muy eficiente, los mexicanos y otros

latinoamericanos residentes en Estados Unidos están poniendo en peligro todo ese magnífico conjunto de valores, herencia y base de la grandeza norteamericana. Así pues, una especie de Jihad mexicana, incruenta y sin el equivalente a Osama bin Laden, pero igualmente peligrosa, amenaza desde dentro al poder norteamericano.

La idea de que las formas de vida de los otros –los “bárbaros”-- son inferiores, incompatibles y, finalmente, peligrosas para los imperios, viene de lejos. Se encuentra lo mismo entre los griegos de la época clásica que entre los romanos, los chinos o en la España de Fernando e Isabel. En el caso actual de los norteamericanos, que se precian de ser un país de inmigrantes, el peligro proviene del hecho de que los mexicanos y el resto de los latinoamericanos que están llegando a Estados Unidos, no se ajustan al patrón que siguieron las antiguas migraciones provenientes de Europa o de Asia, pues de manera implícitamente rechazan la superioridad del credo norteamericano. El punto de partida es demográfico: estos inmigrantes son muchos y se reproducen tan rápido que de seguir la tendencia, en el 2050 un 25% de los habitantes de Estados Unidos serán de origen latinoamericano. Una buena parte de ellos son indocumentados y como provienen de países vecinos y no tuvieron que cruzar un océano, mantienen vivo el contacto con sus orígenes nacionales tanto por la cercanía como por refuerzo sistemático. Esta marea migratoria no baja de nivel. Una vez en Estados Unidos, los “latinos” no se dispersan como sus antecesores sino que se concentran: en el 2000, el 46.5% de los habitantes de Los Angeles eran “latinos” y Miami es ya una ciudad “hispana”. Y en el tope de todo, los mexicanos tienen un reclamo histórico sobre la faja fronteriza al punto que hablan de la “reconquista” de lo perdido en 1848.

Una vez concentrados y recibiendo refuerzos constantes, los mexicanos tienden a mantener su apego al idioma español (28 millones lo hablan en casa) e insisten en transmitir

sus patrones culturales de una generación a la siguiente, lo que puede terminar por hacer de Estados Unidos un país bilingüe, al estilo de Canadá o Bélgica. Para disgusto y horror del profesor Huntington, el actual presidente Bush inauguró la transmisión de su charla semanal por radio en inglés y español. En suma, para Huntington ya hay demasiados indicadores de que Estados Unidos camina por la senda del biculturalismo, y eso puede desembocar en que la vieja y problemática división social entre negros y blancos sea remplazada por otra de naturaleza cultural y más destructiva: una entre anglos e hispanos.

Es sorprendente comprobar que la tesis alarmista de Huntington se apoya lo mismo en cifras y hechos reales que en una serie de clichés y vulgaridades. Según el profesor, los mexicanos somos poseedores de una “cultura del mañana” (la que no se define porque ya es parte de los estereotipos), tenemos los ojos puestos en el pasado en vez del futuro, menospreciamos el valor de la educación y nos resignamos a vivir en la pobreza, a no progresar, pues sus valores católicos nos llevan a considerar que esa es una manera de ganar el cielo, etcétera. Encima, el profesor de Harvard no profundiza en el importante papel que los mexicanos desempeñan en la economía norteamericana ni en los enormes obstáculos estructurales que tienen que enfrentar para sobrevivir y persistir en su empeño por vivir en Estados Unidos.

Cuando tuvo lugar la firma del TLCAN, aparecieron unas declaraciones de Huntington en las que se congratulaba por el hecho que México y los mexicanos hubieran decidido ser parte de la “civilización” de la América del norte y abandonar la opción de permanecer latinoamericanos. Sin embargo, el profesor acaba de descubrir que no, que los mexicanos no han cambiado y siguen siendo latinos. Ya un colega de la Universidad de California, el profesor Wayne A. Cornelius, le contestó a Huntington en Reforma, 21 de marzo con datos sólidos. Y es que de un académico de Harvard, se esperan elementos más

sustantivos para proponer incluir a México en la lista de los enemigos de Estados Unidos, pero ¿cómo explicar la superficialidad y encono de quien antes había hecho análisis estupendos? Veamos brevemente la historia intelectual de Huntington, pues en ella se encuentra la respuesta.

La Evolución del Pensamiento Huntingtiano.- En 1964 Huntington publicó El soldado y el Estado; el subtítulo de la obra es más claro: teoría y política de las relaciones cívico-militares. El objetivo fue encontrar el mejor modelo de relaciones civiles y militares, de tal manera que se pudiera combinar control civil con eficacia militar. Cuatro años más tarde apareció El orden político en las sociedades cambiantes, quizá el mejor libro de Huntington. Esas “sociedades cambiantes” eran las subdesarrolladas y en proceso de “modernización”, que se distinguían por su inestabilidad y desorden interno. Es en este marco histórico y comparativo que apareció el caso mexicano un buen número de veces y bajo una luz relativamente positiva. En efecto, para Huntington el México del PRI resultó un ejemplo de modernización con orden. Un orden conseguido por medios no democráticos, pero que, según el autor, era el único camino posible para organizar a las masas –y mantenerlas bajo control– en sociedades que se modernizan con un gran retraso histórico y que, por lo mismo, ya no pueden darse el lujo de pretender un desarrollo similar al que le tomó siglos a Europa occidental y a Estados Unidos. A fin de cuentas, organizar la política centralizando e institucionalizando el poder, incluso si ello requiere medidas de fuerza, es ayudar a ganar el futuro. Para las potencias dominantes, ese control autoritario en el ancho mundo periférico resultaba positivo e incluso necesario, la democracia podría venir después.

En 1991 apareció La tercera ola: la democratización al final del siglo veinte, una visión del proceso de democratización que tuvo lugar entre 1974 y 1990 en más de una

treintena de países. Si el desarrollo económico es indispensable para la democracia, lo que la concreta en la realidad depende de la calidad del liderazgo político. De ese liderazgo –de nuevo el enfoque elitista de Huntington-- depende el éxito o fracaso de la consolidación de la democracia. Los dirigentes son los responsables de que esa nueva forma de vida política se consolide y no caiga víctima de los elementos radicales de izquierda o ultra conservadores. Para hacer viable a la democracia, el profesor aporta elementos prescriptivos a las élites encargadas del proceso. Hasta aquí, un realismo conservador pero no tremendista.

Sin embargo, en El choque de civilizaciones de 1996, el tono de Huntington se ensombreció al asegurar que a la Guerra Fría le iba a seguir no la globalización de los valores norteamericanos sino otro choque universal: un conflicto entre civilizaciones, entre las entidades culturales más amplias, que pueden englobar desde un país hasta un conjunto sin que, a su vez, sean englobadas por algo mayor. Y estas civilizaciones son la china, la japonesa, la hindú, la islámica, la ortodoxa, la occidental, la latinoamericana y quizá la africana. Huntington no acepta el optimismo de Fukuyama y predice otro gran conflicto para occidente. Seguramente el 11 de septiembre del 2001 confirmó las sospechas del profesor. En estas condiciones, Huntington considera que lo ideal es que cada civilización se desarrolle en su propia esfera y no intente imponer sus valores a otros (como hoy se hace en el caso de Irak), pues los valores de fondo de las civilizaciones no son compatibles.

El Nuevo Aislacionismo. La parte prescriptiva de este último libro de Huntington es el aislamiento relativo de Estados Unidos y de sus aliados de occidente, pues esa es la mejor manera de mantener su supremacía económica, militar y política. Es en este contexto de la naturaleza y evolución del pensamiento brillante pero conservador y elitista del profesor Huntington, que se explica su visión tan negativa del papel de mexicanos y latinoamericanos en Estados Unidos. Desde esta perspectiva, el multiculturalismo es para cualquier

**civilización un veneno. Y una comunidad de hispano parlantes en el corazón del imperio es un peligro cultural. No importa cuan positiva sea la contribución de esa comunidad a la economía del imperio, el costo en término de valores será siempre superior. Con esa visión conservadora, mono cultural e histórica, lo deseable sería que México volviera a ser el “vecino distante” de antaño y no el socio actual del TLCAN.**